

Mar y Cielo de Paz

Por Andrés Sabella

EL Premio Nacional de Literatura 1982 otorgado a Marcela Paz completa el trino de mujeres en victoria de letras: Gabriela Mistral, Marta Brunet, Marcela Paz, cuyas obras definen, cada una en su rango, la clara espiritualidad de las chilenas.

Su punto de apoyo está en doña Mercedes Marín del Solar. Desde el desafío de su inteligencia, una de las galas del proceso cultural republicano iniciado, por ella, en 1837, nuestras damas empezaron a señalarse en puro dominio de gracia y de talento expresivos.

Gabriela Mistral significa, en esta distinción, la presencia poderosa de un lirismo de fuego, sólido en el cántico de sus desgarramientos y fino en el reclamo de la dulzura que la infancia y los hombres necesitan para existir en claridad de amor.

La prosa de Marta Brunet es de rasgo fuerte. No era la autora de "Bestia Dañina" de las mujeres que narran cortas de medida y en avasallamiento de polleras. Escribió la chillaneja para contar a las criaturas que la pedían aire de verdad en los libros.

En Marcela Paz se entrecruzan ventajas de una y otra: la ternura de la Mistral entró a su voz facilitándole los hallazgos de

su aventura, donde la infancia, espléndida en las de Papelucho, su personaje, facetan momentos de amables historias.

La fuerza que Marta Brunet guardaba en cada uno de sus párrafos, se disfruta en los de Marcela Paz, sólo que la suya se aliviana y sube, en vuelo grato, hasta el corazón de los adultos, recordándoles que, alguna vez, también, fueron niños.

Este golpear nos el hombro de la conciencia, ofrece uno de los signos capitales de quien realiza tarea para niños y es un paso generoso que nos invita a enriquecernos con la memoria de nuestra niñez.

Leyendo los lances y romances de Papelucho, no, únicamente, el niño lo siente su héroe. Los que dejaron de serlo reciben el bien de tornar a vivir en pureza y en donaire de alma. Es el mérito de esta escritora que completa la trinidad de honor de la literatura femenina de Chile. En esta nómina se levantan nombres, como los de María Luisa Bombal y María Flora Yáñez, de auténtico señorío creador.

En Marcela Paz, este galardón premia la misión de diafanidad que se descubre en cualquiera cuartilla que escribe.

Diafanidad: eso que tanto reclama el mundo actual, consumido en sus nieblas.

al Mercurio teloneo 15-VIII-1982 p.2.